



Un breve recorrido por la concepción de las emociones en la Filosofía Occidental.

Cristina Casado y Ricardo Colomo

Universidad Complutense de Madrid y Universidad Carlos III de Madrid.

Introducción

El estudio de las emociones y pasiones humanas constituye un tema clásico en la historia del pensamiento filosófico. Disciplinas como la Psicología, heredera de la Filosofía, ha aceptado, entre otros, el legado de la exploración de los sentimientos y las emociones. Dicha herencia ha sido y es muy relevante para el desarrollo de las teorías psicológicas sobre emoción, sin embargo es una herencia que, en su mayor parte, se desconoce. Por esa razón, los psicólogos interesados en las emociones no sólo debemos conocer el pasado filosófico sino entenderlo como una permanente fuente de inspiración para el presente y futuro desarrollo de la psicología de las emociones.

El presente artículo representa un breve recorrido por las aportaciones de los máximos exponentes del pensamiento occidental, haciendo hincapié en aquellos pensadores que han tenido una especial influencia en el desarrollo posterior de teorías psicológicas sobre la emoción.

En una primera aproximación advertimos que los preceptos filosóficos sobre las emociones/pasiones ha sido muy amplia: Algunos han proclamado que debe buscarse una armonía de las emociones; otros consideran que deben cultivarse solamente aquellas emociones que causan alegría o placer; otros, por su parte, afirman que cualesquiera que sean las emociones, éstas han de experimentarse con moderación y otros plantean que es mejor negar o descartar las emociones ¹. A grandes rasgos y como señala Abbagnano ², el planteamiento de los filósofos a lo largo de la historia del pensamiento se puede dividir en dos grandes orientaciones: la primera de ellas se correspondería con las doctrinas que dotan de significado a las emociones; y la segunda estaría representada por aquellas que niegan dicho significado.

Las teorías que reconocen un significado a las emociones, consideran a éstas como los valores de las situaciones con referencia a las posibilidades de conservación, de desarrollo, de realización de los intereses o deberes que ofrecen al individuo. Desde esta orientación, por tanto, se reconoce que el significado de las emociones se liga por sistema con la negación, implícita o explícita, de la naturaleza necesariamente racional del mundo en el que el hombre vive.

Por otra parte, aquellas doctrinas que niegan el significado de las emociones, consideran que el mundo es una totalidad perfecta, que garantiza de modo absoluto la existencia del individuo y la realización de sus intereses legítimos, es decir, de la parte racional del hombre. Desde esta perspectiva la noción de “pensamiento confuso” aplicada a las emociones aparece en autores como **Spinoza, Leibniz, Wolff**, entre otros. Un “pensamiento confuso” es equivalente a la noción de “opinión vana”

¹ Ferrater Mora, J. Diccionario de Filosofía. Barcelona: Ariel Referencia, 1994.

² Abbagnano, N. Diccionario de Filosofía. FCE. México-Buenos Aires. 1963.

perteneciente a la filosofía estoica. Un pensamiento confuso es un pensamiento que no es tal en verdad y, por tanto, está destinado a desaparecer como una opinión falaz o un error provisional frente a la verdad. El mundo, al ser racional no contiene amenaza alguna para el hombre, con lo que no tienen sentido las experiencias emocionales que conduzcan a la superación de esa amenaza.

Desde esta misma perspectiva algunos filósofos reducen las emociones a “accidentalidades empíricas”, a particularidades insignificantes, es el caso de **Hegel**. Es un concepto igualmente basado en la idea de que el mundo no representa una amenaza real para el hombre.

Sin embargo, estos pensadores que consideran que el mundo es racionalmente perfecto, no explican por qué el ser humano que constituye la parte más racional del mundo, se caracteriza por la manifestación de errores, de estereotipos, prejuicios, en definitiva, determinaciones capaces de perturbar dicha racionalidad.

En la actualidad, tanto el pensamiento filosófico, como el psicológico, sociológico o biológico asumen que para aprehender la conducta y existencia del hombre es imprescindible la exploración y conocimiento de las emociones. De hecho, en los últimos años el interés e importancia de las emociones se ha dejado sentir igualmente en el ámbito aplicado.

Lo que cuenta la Historia: De Platón a Sartre.

Será un viaje fugaz por la historia del pensamiento occidental, pero esperamos clarificador. Nuestro itinerario comienza, como es lógico, por la filosofía griega clásica. La primera teoría de la emoción fue enunciada por **Platón** en el Filebo³ contraponiendo en el diálogo entre **Sócrates** y Protarco el dolor y el placer. Dividió la mente o alma en los dominios cognitivo, afectivo y apetitivo, la trilogía básica de Platón es razón, apetito y espíritu, que en actualidad se corresponde en Psicología con la cognición, motivación y emoción. Platón utiliza la metáfora del auriga que representa el componente racional, y los dos caballos que éste debe conducir, simbolizan los componentes afectivo y apetitivo. Un caballo es bueno (componente afectivo), mientras que el otro es malo (el aspecto apetitivo).

Pero quizá la teoría clásica más completa es la desarrollada por **Aristóteles** en su obra “Retórica”⁴. Para **Aristóteles** la emoción es toda afección del alma acompañada de placer o de dolor, y en la que el placer y el dolor son la advertencia del valor que tiene para la vida el hecho o la situación a la que se refiere la afección misma. Así las emociones pueden considerarse como la reacción inmediata del ser vivo a una situación que le es favorable o desfavorable; inmediata en el sentido de que está condensada y, por así decirlo, resumida en la tonalidad sentimental, placentera o dolorosa, la cual basta para poner en alarma al ser vivo y disponerlo para afrontar la situación con los medios a su alcance.

A su vez **Aristóteles**, al considerar el placer relacionado con la realización de un hábito o de un deseo natural le atribuyó la misma función de restitución de una condición natural y, en consecuencia, consideró doloroso lo que aleja violentamente la condición natural y, por lo tanto, es contrario a la necesidad y a los deseos del ser vivo. Así pues, para Aristóteles al contrario que Platón, las dos dimensiones del alma, racional e irracional, forman una unidad y entiende que las emociones poseen elementos racionales como creencias y expectativas, razón por la que es considerado

³ Platon, Diálogos, VI: Filebo, Timeo, Critias, Gredos, Madrid 1992.

⁴ Aristóteles, Retórica, Gredos, Madrid 1999.

un precursor de las teorías cognitivas de la emoción, como pone de manifiesto Magda Arnold en su obra *Emotion and Personality*⁵

Platón y **Aristóteles** mantienen una concepción funcionalista de las emociones. Sin embargo, para los estoicos las emociones no tienen significado ni función alguna. Según ellos, la naturaleza ha proveído de modo perfecto a la conservación y al bien de los seres vivos, dando a los animales el instinto y al hombre la razón. Las emociones son consideradas como perturbaciones del ánimo, como opuestas a la razón. Las emociones no son provocadas por ninguna fuerza natural, son opiniones o juicios dictados a la ligera y, por tanto, fenómenos de estulticia y de ignorancia.

Los estoicos distinguen cuatro emociones fundamentales: el anhelo de los bienes futuros y la alegría por los bienes presentes (originadas por bienes presuntos); y el temor a los males futuros y la aflicción por los males presentes (originadas por males presuntos). A tres de estas emociones, el anhelo, la alegría y el temor, les correspondían tres estados normales propios del sabio, es decir, la voluntad, la alegría y la precaución, respectivamente, todos ellos estados de calma y de equilibrio racional. Los estoicos reducían las demás emociones a las cuatro fundamentales, consideradas todas como enfermedades crónicas, capaces a su vez de generar otras emociones de aversión y de deseo. Para estos filósofos, el hombre sabio no puede más que tomar conocimiento y vivir conforme a la razón, es el ser racionalmente perfecto, el mundo como orden racional no puede amenazar al sabio. Por consiguiente, la aflicción o el temor, tanto como el anhelo o la alegría constituyen un bien fuera de la razón o un mal que pueda amenazar a la razón. Por lo tanto, para el estoicismo, las emociones son juicios errados, opiniones vacías y privadas de sentido.

El pensamiento cristiano vuelve a dotar de importancia a las emociones. **San Agustín** subraya el carácter activo y responsable de las emociones, cobrando importancia la noción de voluntad. Dice al respecto en su obra "La ciudad de Dios"⁶:

"La voluntad se halla en todos los movimientos del alma (...) ¿qué son la codicia y la alegría sino consciente voluntad por las cosas deseadas? ¿Y qué otra cosa sino la voluntad que rechaza las cosas no queridas, el miedo y la tristeza? (...) la voluntad humana ora atraída ora rechazante, se cambia y se transforma en esta o en aquella emoción"

Por su parte, **Santo Tomás** restablece el concepto de la emoción como afección, es decir, modificación súbita, y la refiere a ese aspecto del alma por el cual ésta es potencialidad y puede recibir o padecer una acción. Para este autor, y en especial en su obra "Suma Teológica"⁷ (en la que en su parte segunda y en las cuestiones 22 a 48 se analizan las pasiones del alma, utilizando un encabezamiento idéntico al que posteriormente utilizaría **Descartes**) las emociones pertenecen más a la parte apetitiva del alma que a la aprehensiva y específicamente al apetito sensible más que al apetito espiritual, ya que a menudo están unidas a mutaciones corporales. Para **Santo Tomás** hay emociones que se refieren a la parte irascible y otras que se refieren a la parte concupiscible. Las emociones que se refieren al bien y al mal tomados por sí pertenecen a la facultad concupiscible, por ejemplo, la alegría, la tristeza, el amor, el odio, etc. En cambio, las emociones que pertenecen al bien o al mal en cuanto éstos son difíciles de conseguir o evitar respectivamente, pertenecen a la facultad irascible, por ejemplo, la audacia, el temor, la esperanza, la desesperación, etc.

⁵ Arnold, M. *Emotion and Personality*, Nueva York: Columbia University Press, 1960.

⁶ San Agustín, *Obras completas*, 41 volúmenes; Editorial BAC: Madrid.

⁷ Aquino, T., *Suma Teológica*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1969.

Las emociones que pertenecen a la parte concupiscible se refieren al movimiento por el cual se obtiene un bien o se aleja un mal, las que pertenecen a la parte irascible condicionan la realización de emociones concupiscentes. Así, en un mundo donde el bien es difícil de obtener y el mal difícil de evitar, la anticipación de bien o del mal y el esfuerzo para conseguirlo o evitarlo respectivamente median para las otras emociones.

Este mismo planteamiento funcionalista de las emociones es defendido por las doctrinas naturalistas (**Telesio, Patrizzi, Giordano Bruno...**) formuladas en los siglos XVI y XVII. Un ejemplo de ello lo constituye **Telesio** que reconoce la función biológica del placer y del dolor. Al cuerpo y al espíritu vital aportan dolor las cosas, que dotadas de fuerzas prepotentes y contrarias, los sacan de su posición y los corrompen y, en cambio, llevan placer las cosas que dotadas de fuerzas similares y afines los favorecen, los vivifican y les restituyen a la propia disposición.

De este modo, las emociones nacen de la situación difícil en que el espíritu vital y el cuerpo se encuentran en el mundo. En efecto, el espíritu se encuentra situado en un lugar extraño y en medio de acontecimientos contrarios, de los cuales el cuerpo no llega a protegerlo a punto de evitar que se canse o que disminuya, y el cuerpo mismo, que lo reviste y protege, es continuamente modificado y corrompido no solamente por las fuerzas ambientales sino también por su mismo calor, ya que en breve tiempo perecería si no se reparara mediante el alimento.

En esta situación el espíritu vital, para poder sobrevivir, necesita percibir y entender las fuerzas de todas las otras cosas y desear y perseguir a aquellas que le dan la manera y la facultad de protegerse del calor excesivo, del frío intenso y de nutrirse y reponerse nuevamente y que en general, lo conmuevan y lo lleven a su nueva operación. Al tener estas cosas a su disposición las goce y que quiera y sienta veneración por los que se las procuran, en tanto que, por el contrario, se entristezca cuando le faltan y sienta odio e intente destruir a los que intentan privarle de ellas. De tal manera se generan las emociones fundamentales, el amor y el odio, que por lo tanto tienen su origen en la situación en que el espíritu humano llega a encontrarse ante el mundo natural.

El hombre es llevado a la convivencia, no sólo por la necesidad de satisfacer los deseos que no podría satisfacer por sí mismo, sino también por la tendencia a gozar de la compañía de sus semejantes, y por esta tendencia es llevado a las relaciones sociales y a desear la familiaridad y la benevolencia. Tales relaciones determinan, por lo tanto, otro grupo de emociones, como temor, dolor, placer, satisfacciones inherentes al comportamiento recíproco de los hombres. Así pues, **Telesio** establece una interesante categoría de emociones sociales.

Por fin, un tercer grupo de emociones nace del sentimiento de orgullo y de satisfacción que el espíritu prueba al sentirse íntegro y al reconocer en los otros la integridad y la pureza que para sí mismo desea. Se determina así el sentimiento del honor y su contrario, que es el de desprecio y otros semejantes, todos los cuales se relacionan también con la situación natural del espíritu humano en el mundo. En la Psicología la emoción de desprecio es considerada por parte del modelo neurocultural o universalista⁸, una de las emociones básicas.

El planteamiento de **Telesio** es similar al de **Hobbes**. Para éste último, las emociones constituyen una de las cuatro facultades humanas fundamentales, junto a la fuerza física, la experiencia y la razón. **Hobbes** relaciona en su obra cumbre "Leviathan"⁹ las emociones con los "principios invisibles del movimiento del cuerpo humano" que preceden a las acciones visibles y que por lo común se denominan

⁸ Ekman, P. Basic emotions. En Dalglish, Tim (Ed); Power, Mick J. (Ed). (1999). Handbook of cognition and emotion. (pp. 45-60). New York, NY, US: John Wiley & Sons Ltd.

⁹ Hobbes, T., Leviatán, Madrid, Alianza, 1989.

tendencias. Las tendencias se llaman deseos o apetitos, o bien aversiones respecto a los objetos que las producen y que como tales son los integrantes de todas las emociones humanas. Así, deseo y amor, aversión y odio, son lo mismo excepto que las palabras “deseo” y “aversión” implican la ausencia del objeto, en tanto las palabras “odio” y “amor”, implican la presencia.

Lo que no se desea ni se odia se dice que se desprecia, y el desprecio es una especie de inmovilidad del corazón, retraerse a sufrir la acción de determinadas cosas. La tonalidad placentera o dolorosa de una emoción garantiza su función vital. **Hobbes** dice que las emociones que causan deleite ayudan a fortalecer la moción vital y las emociones molestas y ofensivas obstaculizan y perturban dicha moción vital. Entendidas así, las emociones controlan la total conducta del hombre y la voluntad misma.

Por su parte, David Hume efectúa uno de los análisis de las emociones más transgresores planteados hasta el momento porque aboga por la exploración y medición de los sentimientos en la misma forma que pueden medirse los fenómenos físicos: *“el origen y juego de las pasiones están sometidos a un mecanismo regular; y de esta manera son tan susceptibles de un análisis exacto como lo son las leyes del movimiento”*¹⁰. Además, para Hume, las ideas y creencias representan un destacado papel en la génesis de la emoción, que es entendida como un tipo de sensación caracterizada por la agitación física (impresión), generada por la agitación de los espíritus animales. Las emociones pueden derivarse tanto del dolor como del placer causado por acontecimientos presentes y directos; otras se producirían de manera indirecta por dolor o placer con la presencia de ciertas creencias sobre el objeto que las causa. Por tanto, Hume introduce una dimensión cognitiva además de la fisiológica.

El discurso sobre las emociones que propone **Descartes** comparte aspectos fundamentales con las doctrinas de **Telesio** y **Hobbes**. Según **Descartes** en su obra “Las Pasiones del Alma”¹¹, las emociones son afecciones, es decir, modificaciones pasivas causadas en el alma por el movimiento de los espíritus vitales, es decir, de las fuerzas mecánicas que obran en el cuerpo. En la glándula pineal reside el alma y es también la sede de las emociones. La función de las emociones es incitar al alma a permitir y contribuir a las acciones que sirven para conservar el cuerpo o hacerlo más perfecto.

Por ello, la tristeza y la alegría son las emociones fundamentales. Por la tristeza el alma queda advertida de las cosas que dañan al cuerpo y así toma odio a las cosas que le causan tristeza y desea librarse de ello. En cambio, por la alegría el alma queda advertida de las cosas útiles al cuerpo y de tal manera toma amor por ellas y deseo de adquirirlas y conservarlas.

El planteamiento de **Descartes** es obviamente dualista, ya que alma y cuerpo son sustancias distintas. Considera que existen seis emociones simples y primitivas: el asombro, el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza y que todas las demás están compuestas de estas seis o son derivados de ellas.

Rechaza la distinción tomista entre pasiones que pertenecen a la parte concupiscible y pasiones que no pertenecen a tal parte, y no admite el temor ni la esperanza en el número de las emociones fundamentales. En cambio, incluye entre ellas el asombro. Ésta es la única emoción que no va acompañada de movimientos corporales porque no tiene por objeto el bien o el mal sino solamente el conocimiento de aquello que nos asombra. Lo que no quiere decir que esté privada de fuerza, ya que el asombro de la novedad, que es inherente a esta emoción, refuerza

¹⁰ Hume, D. Tratado de la naturaleza humana, Madrid, Tecnos, 2005.

¹¹ René Descartes, Las pasiones del alma, Traducción de José Antonio Martínez Martínez y Pilar Andrade Boué, Tecnos, Madrid 1997.

enormemente todas las demás. El modelo universalista actual también establece seis emociones básicas parcialmente coincidentes con las emociones cartesianas, y la *sorpresa* es una de ellas¹².

El dualismo cartesiano mente-cuerpo ha influido en el pensamiento occidental hasta nuestros días, y en especial en el pensamiento psicológico. Por ejemplo, la influencia de **Descartes** en el desarrollo de la teoría psicofisiológica sobre emoción de **William James**¹³ o en el modelo universalista sobre emoción ya mencionado ha sido muy notable.

Para **Spinoza**¹⁴ la emoción comprende al alma y al cuerpo, a diferencia de **Descartes**, ya que alma y cuerpo, son dos aspectos de una misma realidad. **Spinoza** hace derivar las emociones del esfuerzo (*conatus*) de la mente para perseverar en el propio ser por un tiempo indefinido. Este esfuerzo se denomina voluntad cuando sólo se refiere a la mente y se denomina deseo (*appetitus*) cuando se refiere al mismo tiempo a la mente y al cuerpo. Así, el deseo es la emoción fundamental. A él se unen las otras dos emociones primarias: la alegría y el dolor. La alegría es la emoción por la cual la mente por sí sola o unida al cuerpo logra una mayor perfección, y el dolor es la emoción por la que la mente desciende a una perfección menor.

El amor y el odio no son más que la alegría y el dolor acompañados por la idea de sus causas externas. De esta forma, el que ama se esfuerza necesariamente en tener y conservar la cosa amada y el que odia en alejar y destruir la cosa odiada.

Las emociones se relacionan con el esfuerzo de la mente y el cuerpo hacia la perfección, ya que, siendo dos manifestaciones de la Sustancia son eternas como ésta y, por lo tanto, no pueden ser amenazadas por nada, y de esta forma, las emociones no pueden ser la advertencia de esta amenaza. **Spinoza**, pues, niega la función de las emociones, como lo hacen los estoicos, y como aparece reflejado en los presupuestos de **Leibniz** que ve en las emociones signos de imperfección, que impiden al alma ser un dios. Las emociones como “pensamientos confusos” llegan al alma a través de su relación con el cuerpo y constituyen la imperfección del espíritu finito y creado. Este planteamiento implica que las emociones tienen un carácter propio en relación con las representaciones cognoscitivas y, por ello no poseen tampoco un significado, excepto el de representar la imperfección del alma.

Una línea de pensamiento que va desde **Pascal**, a través de los moralistas franceses e ingleses (**La Rochefoucauld**, **Vauvenargues**, **Shaftesbury**, **Butler**), hasta **Rousseau** y **Kant** ha considerado la categoría “sentimiento” como principio autónomo de las emociones, asimismo aportaron la noción moderna de pasión, entendiéndola como emoción dominante, capaz de penetrar y dominar toda la personalidad del individuo.

Por primera vez **Pascal**, ha insistido acerca del valor y la función del sentimiento, que también es fuente de conocimientos específicos y ha mantenido que el conflicto entre razón y emoción no se puede solucionar mediante la eliminación de alguna de las dos partes en conflicto. En cualquier caso, existe un antecedente de este planteamiento en la obra de **Hobbes**, donde la acción voluntaria pasaba a través de las emociones y están determinadas por ellas: “*no excluyamos pues la razón del amor ya que son inseparables*”¹⁵.

Kant es otro representante de este planteamiento novedoso iniciado en **Pascal**. **Kant** introdujo por primera vez y de forma explícita la noción o categoría de sentimiento como autónoma y mediadora entre las tradicionalmente admitidas de la razón y de la voluntad. Ha reconocido el significado y la función biológica de las

¹² Ekman, P. *op. cit.*

¹³ James, W. Principios de Psicología. Buenos Aires: EMECE Editores, 1947.

¹⁴ Spinoza, B. Ética. Madrid, Sarpe, 1984.

¹⁵ Pascal, B. Discurso sobre las pasiones del amor. Editorial Renacimiento, Sevilla, 2003.

emociones, sin embargo se observa una actitud estoicista en sus planteamientos: “*Sustine et abstine*”. El filósofo alemán, una vez finalizada la mayor parte de su obra crítica, conecta con el estoicismo romano en una obra tardía, 1798, titulada “El Poder de las Facultades afectivas”¹⁶. El autor mismo señala: “*las emociones son un predominio de las sensaciones, al punto que llega a suprimirse el dominio del alma (...) crece rápidamente hasta hacer imposible la reflexión*”. Sin embargo, **Kant** considera la pasión difiere notablemente de la emoción, considerando la primera “lenta y reflexiva”.

En cualquier caso para **Kant** la emoción desde un punto de vista moral, tiene cierta función, aun cuando sea subordinada y provisional. Desde un punto de vista biológico, no duda acerca de la importancia de la emoción. La alegría y la tristeza se ligan al placer y al dolor, respectivamente, y éstos tienen la función de impulsar al sujeto a permanecer en la condición en la que está o a abandonarla. La alegría excesiva (es decir, no atenuada por la preocupación del dolor) y la tristeza oprimente o angustia (no mitigada por ninguna esperanza), son emociones que amenazan la existencia. Pero la mayoría de las veces las emociones ayudan y sostienen la existencia y algunas de ellas, como la risa y el llanto, favorecen mecánicamente la salud

Al igual que en el planteamiento kantiano, la noción de dolor es central en la propuesta filosófica de **Schopenhauer**, que se desarrolla en su obra “El mundo como voluntad y representación”¹⁷. Para este autor vivir significa querer, querer significa desear y el deseo implica la ausencia de lo que se desea, y por tanto deficiencia y dolor. Por ello, la vida es dolor y la voluntad de vida es el principio del dolor. De la satisfacción del deseo o de la necesidad, surge un nuevo deseo o necesidad o el fastidio de la satisfacción prolongada. En esta oscilación continua, el placer sólo representa un momento de tránsito, negativo e inestable, ya que es el simple cese del dolor.

Hegel establece una distinción, que aún hoy en día no se ha planteado en Psicología, y es la distinción entre “emoción”, “sentimiento” y “pasión”¹⁸. Ésta recibe un trato privilegiado, mientras que el sentimiento y la emoción se reducen a un “trato estoico”. Para **Hegel** el sentimiento constituye la forma o categoría universal y, por lo tanto, las emociones son calificadas como “particularidades accidentales” y como “contenido accidental, subjetivo, particular”, expresiones que designan determinaciones provisionales o aparentes que encuentran su realidad solamente en la sustancia racional. En cuanto a los “sentimientos prácticos”, pueden ser considerados como tales sólo los egoístas, ya que sólo ellos pertenecen a la individualidad que se mantiene contra la universalidad; el contenido de tales sentimientos, se determina sólo en antítesis al de los derechos y deberes.

Tanto la noción de “vana opinión” de los estoicos y de “pensamiento confuso” de **Spinoza** y de **Leibniz**, así como la propuesta de **Hegel** que acabamos de apuntar, hacen referencia a las emociones como estados que no tienen significación propia, sino sólo el significado negativo de no ser perfectamente reducibles al juicio o, en general, a las determinaciones racionales.

Scheler es un pensador contemporáneo especialmente interesado en el análisis de la emoción. Para este autor la vida emocional no es una especie inferior en la vida intelectual¹⁹. Tampoco se encuentra fundada en procesos fisiológicos (aunque se vea acompañada por ellos), ni es un simple estado más o menos pasivo. La vida emocional posee su propia autonomía. Parte de la distinción entre estados emotivos y

¹⁶ Kant, E. El Poder de las Facultades afectivas, Aguilar, Buenos Aires, 1980.

¹⁷ Schopenhauer, A. El mundo como voluntad y representación, Editorial Trotta. Madrid, 2003.

¹⁸ Hegel, G.W.F. Lecciones sobre historia de la filosofía, FCE, México, 1977.

¹⁹ Scheler, M. Esencia y formas de la simpatía. Losada, Buenos Aires, 1957.

funciones emotivas: los estados son afecciones (modificaciones de naturaleza pasiva) y las funciones son en cambio, actividades, reacciones a los estados emotivos.

Según **Scheler**, los estados emotivos no tienen por sí mismos un carácter intencional, esto es, no se refieren inmediatamente a objetos o situaciones. Tal referencia siempre es para ellos, indirecta o sea mediata a través de una asociación perceptiva o representativa. Pero la relación simbólica entre el estado emotivo y sus objetos tiene siempre como mediadores a la experiencia y al pensamiento. El estado emotivo, en otros términos, puede estar ligado con una situación de hecho o simbolizarla, pero no contiene en sí la referencia intencional a su propio objeto

Para **Scheler** la diferencia entre estados y funciones emotivas es de profundidad y desde este punto de vista pueden distinguirse cuatro grados de las emociones que corresponden a la estructura de la existencia humana, y que son los siguientes: 1) Emociones sensibles; 2) Emociones corpóreas (estados) y sentimientos vitales (funciones); 3) Sentimientos psíquicos (sentimientos del yo); 4) Sentimientos espirituales (sentimientos de la personalidad). Las emociones sensibles y las vitales resultan estados o funciones del yo sólo en cuanto penetramos los datos corporales y aprehendemos el cuerpo como nuestro, como perteneciente al yo psíquico. Los sentimientos psíquicos, en cambio, son ya originariamente una cualidad del yo.

Scheler considera el sentimiento como un acto intencional cuyo objeto específico es el valor y, por lo tanto, distingue cuatro especies de valores correspondientes a los cuatro grados del sentimiento.

Heidegger²⁰ ve en las emociones no ya simples fenómenos que acompañan a los actos de conocimiento y de voluntad, sino más bien modos de ser fundamentales de la existencia precisamente en cuanto es una existencia en el mundo. Este autor analiza el fenómeno del temor, que considera constitutivo de la existencia inauténtica, es decir, de la existencia en cuanto es “ser yecto” y abandonada a sus vicisitudes. Como tal, el temor no es un fenómeno temporal parcial, sino un modo de ser esencial y permanente.

Según este autor la angustia no es suscitada, como el temor, por un particular hecho o evento amenazador, sino por el simple encontrarse en el mundo, por la situación originaria y fundamental de la existencia humana. La angustia es, por lo tanto, la situación emotiva fundamental. La amenaza que plantea la angustia es indeterminada, y en la tonalidad emotiva de la angustia se ve la comprensión última, decisiva, que la existencia humana puede tener de sí misma.

Heidegger considera a la angustia como la “única emoción” propia del hombre, porque es la única emoción que hace comprender al hombre su misma existencia y, por lo tanto, su ser en el mundo. No obstante, **Heidegger** no ha negado el resto de las emociones. Éstas emociones pertenecen al nivel de la existencia “impropia” o “anónima”, de la existencia dirigida no a comprenderse sino a vivir cotidianamente en la cura, es decir, en la preocupación sugerida por las necesidades propias de los otros.

En cualquier caso, para este autor, la “existencia impropia” no es apariencia, ilusión o realidad disminuida o empobrecida, sino un necesario modo de ser de la existencia misma.

El planteamiento de **Sartre**²¹ a este respecto es parecido al de **Heidegger**, pero con un matiz más psicológico. Para este autor la emoción es “una cierta manera de aprehender el mundo”, es por lo tanto, “conciencia del mundo”, aun cuando se trate de conciencia inmediata y no refleja.

Pero, el mundo, al cual se refiere la emoción, es un mundo difícil. La dificultad es una cualidad objetiva del mundo que se ofrece a la percepción y es ella la que determina la naturaleza de las emociones. Según **Sartre**, ésta es una transformación

²⁰ Heidegger, M. El ser y el tiempo. Editorial Universitaria, 2005.

²¹ Sartre, J. P. , Bosquejo de una teoría de las emociones, Alianza, Madrid, 1999.

del mundo, y precisamente una transformación a través de la magia. Para este autor el desmayo de una persona, por ejemplo, frente a un peligro inminente no es más que la negación del peligro, la voluntad de alejarlo. En la emoción, la conciencia tiende a combatir los peligros o a modificar los objetos, sin distancia y sin utensilios, mediante modificaciones absolutas y masivas del mundo. Este aspecto del mundo es enteramente coherente, se trata del mundo mágico en la terminología sartriana. Dice el propio autor: *“Denominaremos emoción a la caída brusca de la conciencia en lo mágico (...). Por lo tanto, no es necesario ver en la emoción un desorden pasajero del espíritu, que vendría a perturbar desde fuera la vida psíquica. Al contrario, se trata del retorno de la conciencia a la actitud mágica, una de las grandes actitudes que le son esenciales (...). La emoción no es un accidente, es un modo de existencia de la conciencia, una de las maneras por las que comprende su ser en el mundo”*

Conclusiones

Tras este breve recorrido por el pensamiento occidental sobre emoción advertimos planteamientos muy diversos: unos niegan significado y función a las emociones; otros aún otorgándoles funciones adaptativas, enfatizan su cualidad negativa y la necesidad de su control; y por último y en representación más modesta los que hay que igualan o priorizan los procesos emocionales a los racionales e incluso llegan a subordinar éstos a los primeros.

Pero lo que parece mantenerse a lo largo de los siglos y es por tanto común, es el dualismo emoción-razón. Si bien el pensamiento filosófico y psicológico actuales atribuyen significado y función a las emociones humanas, éstas siguen constituyendo procesos opuestos a los procesos racionales. Ambos pensamientos siguen siendo fieles a la tradición clásica originada en el pensamiento griego de Platón o Aristóteles.

La tradición ha considerado a las emociones experiencias impredecibles e incompatibles con los juicios sensatos e inteligentes. Hablamos con tono despectivo de tomar decisiones basadas en las emociones o en los sentimientos. Cuando las personas reaccionan emocionalmente, consideramos que están experimentando una regresión y mostrando sus naturalezas primitivas y animales. Esta forma de pensamiento originada hace milenios, se mantiene en el pensamiento occidental actual y como consecuencia en la concepción cotidiana que todas las personas poseen sobre el funcionamiento de los procesos emocionales.

No obstante, desde el pensamiento psicológico actual existen algunas concepciones que suponen una ruptura con respecto al pensamiento clásico. Desde la perspectiva cognitiva, se mantiene que las emociones poseen tanta importancia como los procesos racionales y que su influencia puede ser positiva. No obstante, se sugiere que las emociones siempre dependen sustancialmente de la razón. No existe emoción sin pensamiento o razón y nuestras emociones son realmente producto de la forma en que interpretamos lo que está ocurriendo a nuestro alrededor^{22,23}. Por tanto la perspectiva cognitiva, no supone una ruptura completa con respecto al pensamiento tradicional porque aunque se perciba a las emociones como procesos de posible influencia benéfica y no se les considere independientes y excluyentes, siguen siendo dependientes de los procesos racionales. Otras orientaciones, como la representada

²² Smith, C. A & Lazarus, R.S. (1993). Appraisal components, core relational themes, and the emotions. *Cognition & Emotion. Special Issue: Appraisal and beyond: The issue of cognitive determinants of emotion*, 7(3-4), pp. 233-269

²³ Lazarus, R. S. (1999). The cognition-emotion debate: A bit of history. In T. Dalgleish, & M. J. Power (Eds.), *Handbook of cognition and emotion*. (pp. 3-19). New York, NY, US: John Wiley & Sons.

por autores como Zajonc (1984²⁴, 1998²⁵) no sólo constituyen una ruptura con respecto al pensamiento occidental tradicional, sino también con respecto al todopoderoso paradigma cognitivo. Esta perspectiva sugiere que algunas reacciones afectivas tienen lugar en momentos muy tempranos, bastante antes de que se alcance una elaboración completa de su significado. Se considera que algunas reacciones afectivas pueden tener lugar fuera de conciencia y pueden influir sobre el propio procesamiento cognitivo por vías independientes, es decir, el planteamiento contempla la posibilidad de desvincular los afectos de las cogniciones.

Sobre lo que conocemos de los estudios centrados en la exploración de teorías implícitas sobre emociones y procesos cognitivos como la toma de decisiones²⁶, éstos apuntan a una consideración más positiva de la influencia y consecuencias de las emociones, pero siguen respondiendo a una concepción tradicional de oposición entre emoción y razón. Las emociones se siguen percibiendo como procesos independientes de los procesos reflexivos o racionales, y como consecuencia se consideran experiencias negativas y disruptoras que malogran las conductas o las actitudes de los individuos.

²⁴ Zajonc, R. B. (1984). On the primacy of affect. *American Psychologist*, 39(2), pp. 117-123

²⁵ Zajonc, R. B. (1998). Emotions. In D. T. Gilbert; S.T. Fiske & G. Lindzey (Eds.). *The handbook of social psychology*, Vol. 1 (4th ed.). (pp. 591-632). New York, US: McGraw-Hill

²⁶ Casado, C.; Colomo, R. & Gómez, J.M. (e.p.). The Influence of Emotions in Making Hard Decisions in Organizational Contexts, In F. Adam & P. Humphreys (Eds.), *Encyclopedia of Decision Making and Decision Support Technologies*. Idea Group Publishers.